

infame, y le consagró la gruta en que nació Jesucristo. Tantos sacrilegios colmaron la medida de sus iniquidades.

Presa de una sombría melancolía, Adriano se hizo cruel como nunca, y á fines de su reinado mandó dar muerte sin motivo alguno á muchas personas distinguidas. Atacado de una hidropesía en aquel mismo palacio de Tibur, donde habia condenado á santa Sinforosa y á sus hijos, entregóse á la mas violenta desesperacion; varias veces pidió á gritos un veneno ó una espada para quitarse la vida, llegando á ofrecer dinero y á prometer la impunidad á los que quisiesen prestarle aquel pretendido servicio; mas nadie aceptó sus ofrecimientos. El tirano se lamentaba noche y dia de no poder hallar la muerte, él que la habia dado á tantos otros, y por fin se la dió él mismo en Baies, en el año 138 de Jesucristo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las gloriosas victorias que habeis conseguido sobre el demonio, en la persona de san Ignacio y de santa Sinforosa; hacednos partícipes de aquella caridad que ardia en sus corazones, mas fuerte que la misma muerte.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero vivir como si me hallase en el mundo solo con Dios.

LECCION XII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II.)

Quinta persecucion, bajo el imperio de Antonino; retrato de este Príncipe. — Martirio de santa Felicia, romana, y de sus siete hijos; apología de san Justino. — Juicio de Dios sobre los Romanos. — Sexta persecucion, bajo el imperio de Marco Aurelio; retrato de este Príncipe; martirios de san Justino y de san Policarpo.

La sangrienta espada de la persecucion, envainada durante los últimos años del imperio de Adriano, no tardó en ser blandida por su sucesor Antonino. Lleno de entusiasmo el Senado por los actos con que dió principio á su reinado, le confirió el título de *Pio*, y si bien sus virtudes humanas podian granjearlo á los ojos de los gentiles, sus costumbres disolutas no podian menos de hacer de él un perseguidor de la religion cristiana. No solo sufría con extremada indiferencia el desenfrenado libertinaje de su esposa Faustina, sino que quiso en cierto modo inmortalizarla; y despues de la muerte de aquella disoluta princesa, mandó tributarle los honores divinos y le consagró un templo que subsiste aun. Entregado él mismo á los mas vergonzosos desórdenes, era esclavo de las mas viles criaturas, las cuales tenian tanto ascendiente en su alma, que disponian á su placer de los honores y cargos del Imperio, frecuentemente en favor de los mas indignos<sup>1</sup>; añádase á esto que este Príncipe tenia tanta devocion á sus ídolos, que les ofrecia sin cesar sacrificios, lo que hacia siempre por sí mismo, á menos de hallarse enfermo.

Sin embargo la historia no refiere que Antonino diese nuevos edictos contra los Cristianos: príncipe débil y disoluto, permitió que fuesen inmolados en su nombre en virtud de los edictos anteriores, siendo tal el furor de los gentiles, que ni las mas ocultas cavernas ni los antros mas oscuros podian servir de asilo á nuestros abuelos, y que acriminaban á los parientes y á los amigos los deberes que la naturaleza ó la amistad les imponian para con las víctimas de la persecucion<sup>2</sup>.

Entre los Mártires que sellaron entonces nuestra fe con su sangre debemos enumerar á una ilustre señora romana, llamada Felicia, tan

<sup>1</sup> Véase Jul. Capitol.

<sup>2</sup> Mamachi, t. II, pág. 258; *Roma subterránea*, lib. III, c. 22; y nuestra *Historia de las Catacumbas; catacumba de San Calixto*.

distinguida por su virtud como por su cuna. Esta señora tenia siete hijos, á quienes educaba en el temor de Dios y en la práctica de todas las virtudes cristianas; desde la muerte de su esposo sirvió á Dios en la continencia, y no se ocupó mas que en practicar buenas obras, tanto que sus ejemplos y los de su familia arrancaron á muchos gentiles de sus supersticiones.

Furiosos los sacerdotes de los falsos dioses por las pérdidas que su religion experimentaba, elevaron sus quejas al Emperador. « Príncipe, le dijeron, creemos de nuestro deber advertiros que hay en Roma una viuda perteneciente á la secta enemiga de nuestros dioses, que no cesa de ultrajarles é irritarles contra vos y contra el Imperio. Sus siete hijos la secundan en su impiedad, quienes, cristianos como su madre, hacen como ella sacrílegos votos, y harán á nuestros dioses implacables si vuestra piedad no trata de apaciguarlos, obligando á esa familia impía á rendirles el culto que les es debido.»

Antonino, muy supersticioso, como ya hemos dicho, contestó favorablemente á los sacerdotes, y mandó á Publio, prefecto de Roma, que valiéndose de todos los medios obligase á Felicia y á sus hijos á sacrificar á los dioses. Estos sucesos acontecieron en el año 150 de Jesucristo. Obedeció el Prefecto las órdenes del Emperador, y queriendo usar primeramente de dulzura, rogó cortesmente á Felicia que tuviese á bien ir á su casa, lo que verificó la Santa acompañada de sus hijos. Sigamos ante el juez á esa madre tan digna de serlo, y sirvannos de modelo su noble conducta y la de sus gloriosos hijos. Publio llamó aparte á Felicia, y despues de emplear todos los medios de la persuasion para determinarla á sacrificar á los ídolos, añadió que en caso de negarse á ello se veria obligado á recurrir á medidas de rigor.

« No espereis, Publio, contestó la Santa con tanta firmeza como modestia, que Felicia olvide jamás lo que debe á su Dios; ni vuestras amenazas me espantan, ni vuestras razones me convencen, ni vuestros halagos me conmueven. En mi seno traigo á ese Dios todopoderoso, sienta que me da fortaleza, y no permitirá que su sierva sea vencida, puesto que no combate sino por su gloria. — Miserable, replicó el Prefecto, si tantos encantos tiene la muerte para tí, muere; pero ¿qué furor te impulsa á quitar la vida á tus hijos, despues de habérsela dado? — Mis hijos, repuso Felicia, vivirán eternamente en Jesucristo si le son fieles, mientras que si sacrifican á los ídolos deben esperar suplicios que no acabarán nunca.»

Al dia siguiente, Publio sentóse en su tribunal en el Campo de Marte, hizo venir á su presencia á Felicia y á sus hijos, y dirigiéndose á la madre, le dijo: « Apiadaos de vuestros hijos, que se hallan en la flor de su edad, y que pueden aspirar á los primeros cargos del Im-

perio. — Vuestra piedad, contestó la Santa, es una verdadera impiedad, y la compasion á que me exhortais tiende á convertirme en la mas cruel de las madres. » Volviéndose luego hácia sus hijos, les dijo: « ¿Veis ese cielo tan hermoso y elevado? Allí os espera Jesucristo para coronaros; persistid en su amor, y combatid por la salvacion de vuestras almas. »

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando Publio mandó abofetearla, exclamando con voz terrible: « ¿Cómo te atreves en mi presencia á inspirarles semejantes sentimientos é inducirles á despreciar así los mandatos de nuestros Emperadores? »

Sin embargo, resolvió probar un último esfuerzo, antes de enviarlos al martirio, consistente en tratar de vencerlos uno á uno por medio de las promesas junto con las amenazas. Januario, el mayor de los hermanos y el primero introducido, le contestó: « Lo que me aconsejais es contrario á la razon, y espero de la bondad de Jesucristo nuestro Señor, que me preserve de tal impiedad. » El Prefecto mandó que le azotasen cruelmente, despues de lo que le envió á la cárcel. Félix fué introducido acto continuo; é instado para que sacrificase, contestó: « Solo sacrificamos á un Dios, y jamás olvidaremos el amor que á Jesucristo debemos. Emplead cuantos artificios os sugiera vuestra refinada crueldad, que no por esto nos arrebataréis nuestra fe. »

Despues de Félix, compareció Felipe, á quien Publio dijo: « Nuestro invencible Emperador os manda sacrificar á los dioses todopoderosos. — Aquellos á quienes pretendéis que sacrifique, contestó Felipe, no son ni dioses ni todopoderosos; no son mas que ídolos vanos que sirven de asilo á los demonios. » Publio, trémulo de ira, mandó á Felipe que se apartase de su vista, y Silvano ocupó el lugar de su hermano; el Prefecto le dijo: « Á lo que veo, obráis de acuerdo con la mas perversa de las mujéres; una madre desnaturalizada os pierde con sus consejos, inspirándoos la rebelion y la impiedad; temed el que caiga tambien sobre vosotros el castigo que la espera. » Silvano contestó: « Si fuésemos bastante débiles para dejarnos conmover por el temor de una muerte que solo dura un momento, seríamos presa de una muerte que jamás tendrá fin. El que desprecie vuestros ídolos para servir únicamente al verdadero Dios, vivirá con él durante toda una eternidad; mientras que el abominable culto de los demonios os precipitará al fuego eterno á vosotros y á vuestros dioses. »

Impacientado el Prefecto al escuchar tan prudentes palabras, mandó retirar al jóven Mártir; y presentóse Alejandro: « Jóven, le dijo Publio, tu suerte se halla en mis manos; ten compasion de tí mismo, salva una vida que empieza todavía; sacrifica, y merezcas así la proteccion de los dioses y el favor del César. — El Señor á quien

» sirvo es mas poderoso que el César, contestó Alejandro, y se llama  
» Jesucristo; Señor á quien confieso de palabra, á quien llevo en mi  
» corazon, á quien adoro incesantemente. Mi edad, que tan tierna os  
» parece, estará adornada de todas las virtudes si permanezco fiel á  
» mi Dios; y en cuanto á vuestros ídolos, ¡ojalá perezcan junto con  
» todos los que los adoran! » Introducido luego Vital, dijole Publio:  
« Vos, hijo mio, no venís, como vuestros hermanos, á buscar loca-  
» mente la muerte, pues conozco que teneis bastante juicio para pre-  
» ferir una vida feliz á una muerte infame. » Vital le respondió: « Pu-  
» blio, decís bien, amo la vida, y para gozar mas largo tiempo de ella  
» adoro á un solo Dios, y tengo en horror al demonio. »

Finalmente, habiendo mandado Publio comparecer al hermano me-  
nor, llamado Marcial, le dijo: « Vuestros infelices hermanos me dan  
» compasion; ¿ acaso seguiréis vos su ejemplo, y despreciaréis las  
» órdenes de nuestros Príncipes? — ¡ Ah Publio! contestó Marcial,  
» ¡ si supiéseis los espantosos tormentos que están preparados en los  
» infernos á los que adoran los demonios! Ó reconoced que Jesu-  
» cristo es el único Dios á quien debe reconocer el universo, ó tem-  
»blad á la idea de los eternos castigos que os esperan. »

Terminado el interrogatorio los santos Mártires sufrieron todos la  
pena de azotes, y fueron conducidos á la cárcel. Publio, desesperan-  
do de vencer su firmeza, remitió todo el procedimiento al Empe-  
rador.

Despues de leídos los interrogatorios, mandó Antonino que los con-  
fesores fuesen enviados á diferentes jueces y condenados á diversos  
suplicios: Januario fué azotado, hasta que espiró, con látigos de plo-  
mo; Félix y Felipe fueron muertos á golpes de maza; Silvano fué  
arrojado de cabeza abajo á un precipicio, y los mas jóvenes, Alejan-  
dro, Vital y Marcial, fueron decapitados, muriendo tambien Felicia de  
igual modo cuatro meses despues. Todos estos admirables Mártires de  
Jesucristo iban por distintos caminos á reunirse en el lugar donde  
aquel Juez les esperaba para dar á cada uno el premio que merecia su  
invencible constancia <sup>1</sup>.

Sin embargo, el Señor, que velaba por su Iglesia le tenia preparado  
un defensor, y siendo las calumnias de los gentiles y de los Judíos las  
que servian de pretexto á la persecucion, era preciso refutarlas y ven-  
gar la inocencia de nuestros abuelos. En aquel entonces dejóse oír  
una voz animosa, y fué la de san Justino.

Nacido en Sichem, antigua capital de Samaria, educado en el Gen-  
tilismo, Justino tuvo desde sus primeros años curiosidad de conocer  
las diferentes sectas de filosofia: dirigióse sucesivamente á los Estói-  
cos, á los Pitagóricos, á los Académicos, mas en ninguno halló las

<sup>1</sup> P. Ruinart, lib. I. Véase tambien san Gregorio in *Cyclum pascal*.

luces que buscaba, hasta que paseándose cierto día por las orillas del  
mar, vió, al volver la cabeza, á un anciano que le seguia de muy cer-  
ca; su majestuoso porte y la gravedad mezclada de dulzura que se  
observaba en toda la persona sorprendieron á Justino, y habiéndose  
trabado conversacion entre ambos, hablaron de la excelencia de la  
filosofia. El anciano convenció á Justino de que los mas célebres filó-  
sofos del Gentilismo se habian engañado, y que no habian conocido ni  
la Divinidad ni el alma humana. « ¿ Á quién debo, pues, dirigirme para  
» descubrir la verdad? » preguntó Justino; y el anciano le habló de  
los Profetas y le indicó sus obras. « Vos, dijo al concluir, orad ardien-  
» temente para que os sean abiertas las puertas de la vida, pues las  
» cosas de que acabó de hablaros son de tal naturaleza que no po-  
» dréis comprenderlas, á no ser que Dios y Jesucristo os las hagan in-  
» teligibles. » Dichas estas palabras el anciano se retiró, y Justino no  
le volvió á ver.

Esta conversacion quedó grabada en la imaginacion del jóven filó-  
sofo, y le inspiró un grande aprecio por los Profetas. « En aquel  
» momento, dice él mismo, empecé á ser verdaderamente filósofo <sup>1</sup>.  
» Estudié los motivos de credibilidad del Cristianismo, y lo que sobre  
» todo determinó mi conversion, fué la admiracion secreta de que me  
» penetrara el invencible valor de los Cristianos en medio de los tor-  
» mentos, pues aunque no ignoraba los muchos crímenes de que el  
» odio público les acusaba, al verles arrostrar la muerte y cuanto  
» hay de mas terrible, comprendí la imposibilidad de que semejantes  
» hombres fuesen culpables de las abominaciones que se les echaban  
» en cara; pues ¿ cómo se concibe que una persona ávida de place-  
» res reciba con alegría la muerte que le priva de cuanto le agrada y  
» le hace feliz en el mundo <sup>2</sup>? »

Poco despues de su conversion, que verificó á la edad de treinta  
años, Justino abandonó el Oriente para trasladarse á Roma. Su pri-  
mera obra fué su *Discurso á los Griegos*, con el cual se propuso el  
Santo convencer á los gentiles de la legitimidad de las razones que  
le habian impulsado á abrazar el Cristianismo; en seguida publicó  
su *Exhortacion á los Griegos*, en la que se refutan los errores de la  
idolatría, y se prueba la vanidad de los filósofos gentiles.

No tardó en aparecer su célebre *Epistola á Diogneto*, hombre de  
gran consideracion y muy versado en la filosofia; habia sido pre-  
ceptor de Marco Aurelio, el cual conservó hácia él tanto afecto como  
confianza. Sorprendido al ver la conducta de los Cristianos, deseaba  
saber lo que les inducia á despreciar el mundo y la muerte con to-  
dos sus horrores, y quién les comunicaba aquella mutua caridad,

<sup>1</sup> *Dial. cum Tryph.* pág. 225.

<sup>2</sup> *Apol. I.* pág. 50.

desconocida á los demás hombres, caridad tan poderosa, que parecia hacerles insensibles á los mas duros tratamientos. San Justino se encargó de darle las explicaciones que deseaba, y despues de haber demostrado la locura del Gentilismo y la imperfeccion de la ley judáica, pinta las virtudes practicadas por los Cristianos, y especialmente su humildad, su dulzura, su amor para con aquellos que sin motivo les odian. Añade que los tormentos solo servian para aumentar el número y perfeccionar la santidad de los fieles, siguiendo luego una explicacion clara y precisa de la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios y Criador de todas las cosas.

San Justino vivió mucho tiempo en Roma, donde se aplicaba á instruir á los que acudían á su casa para consultarle ó para dedicarse á los ejercicios del Cristianismo. Al marchar de Roma se dirigió á Éfeso, en cuya ciudad halló á Trifon, el cual era un hábil filósofo y el judío mas famoso de su tiempo. Justino sostuvo con él una polémica en toda regla que duró dos dias enteros, celebrándose las conferencias delante de muchas personas; algun tiempo despues públicas el Santo por escrito, y las dió á luz bajo el título de *Diálogo con Trifon*, obra que contiene las pruebas de la insuficiencia de la ley de Moisés, y de la divinidad del Cristianismo.

Sin embargo, nada contribuyó tanto á la celebridad de san Justino como las dos apologías que cumpuso en favor de la religion cristiana; la primera y la de mas importancia fué dirigida al emperador Antonino Pio y á sus dos hijos adoptivos Marco Aurelio y Cómodo; jamás los Cristianos habian sido vengados con mas elocuencia de las innumerables calumnias con que trataban de mancharles los Judíos y los gentiles. Esta primera apología produjo su efecto, pues Antonino envió un rescripto al Asia, prohibiendo molestar á los Cristianos<sup>1</sup>.

Durante el reinado de ese Príncipe asolaron el Imperio infinitas calamidades, á fin de vengar la sangre inocente: como las provincias, mas que el mismo Emperador, habian sido las perseguidoras de la Iglesia, fueron castigadas aquellas, mientras que la venganza divina no cayó de un modo ejemplar sobre la cabeza del Emperador.

Muerto Antonino en el año 161 de Jesucristo, encendiósese de nuevo la persecucion bajo el imperio de Marco Aurelio, su yerno y sucesor<sup>2</sup>. La historia entera de Marco Aurelio manifiesta un carácter

<sup>1</sup> Eusebio, *Hist.* lib. IV, c. 73.

<sup>2</sup> Han incurrido en error los que han afirmado que Marco Aurelio no habia publicado edicto alguno de persecucion contra los Cristianos. En las actas de san Sinfiriano, cuyo martirio segun todos los buenos criticos reconocen haber acontecido bajo el reinado de este Emperador, se dice que el juez leyó el siguiente decreto: « El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores y oficiales. » Hemos sabido que los que ahora se llaman cristianos violan las disposiciones de

falso, altivo, egoista y corrompido por sistema, añadiéndose á esto que el extravío de su juicio igualaba al de su corazon. Por supersticion y por filosofia fué enemigo de los Cristianos; víósele multiplicar los sacrificios é introducir religiones extrañas, desconocidas antes de los Romanos. Hizo reiteradas instancias al Senado para obtener que se confriesen los honores divinos á Adriano, cuyos vicios habian hecho su memoria infame, llevando su impiedad é impudencia hasta á colocar en el número de las diosas á la abominable Faustina, á la cual elevó un templo, y á obligar á los recién casados á ofrecerla un sacrificio<sup>1</sup>. Al morir su colega Lucio Vero, cuyo solo nombre inspiraba horror á los hombres de bien, obligó al Senado á honrar su memoria como la de un dios; tan cierto es que fuera del Cristianismo las virtudes mas bellas no son mas que apariencias engañosas.

Habiendo los Bárbaros hecho algunas excursiones en las provincias del Imperio, el impío Marco Aurelio se vengó en los inocentes Cristianos, pues los gentiles tenian por sistema hacer responsables á nuestros virtuosos antepasados de todas las calamidades públicas y particulares. « Si el Tiber sale de madre, les decia Tertuliano, si el » Nilo no cubre los campos con sus aguas, si el cielo niega la lluvia, » si sobreviene un terremoto, una peste, un hambre, ¿qué haceis? » Correis á los baños, no abandonais vuestras orgías, sacrificais á » Júpiter, ordenais al pueblo mil supersticiosas ceremonias, buskais » el cielo en el Capitolio, y esperais á que la lluvia caiga de la bóveda de vuestros templos, sin pensar en Dios, sin dirigirle vuestras » súplicas. Nosotros, extenuados por los ayunos y penitencias, purificados por la continencia, apartando de nosotros todas las dulzuras » de la vida, debajo del sayo y la ceniza, desarmamos al cielo, con » seguimos su clemencia; mas cuando hemos obtenido perdon, se » dan las gracias á Júpiter. Vosotros sois, pues, los que constituís » una carga para la tierra, vosotros que, desconociendo al verdadero » Dios, os haceis continuamente culpables de los males que pesan sobre el Imperio, y que con una injusticia sin ejemplo, al aspecto de » cualquier calamidad gritais: ¡Los Cristianos al leon! ¡Qué! ¡por » un solo leon todo un pueblo de Cristianos!<sup>2</sup> »

» las leyes; prendedles, y si no sacrifican á nuestros dioses, castigadles con diferentes suplicios; de tal modo, sin embargo, que la justicia vaya unida á la severidad y que el castigo cese cuando cese el delito. » (*Act. S. Symphor.*; P. Ruinart, 22 Aug.)

<sup>1</sup> Faustina, hija de Antonino, sobrepujaba á su misma madre por la disolucion de sus costumbres y por su crapuloso libertinaje; cierto dia que alguno excitaba á Marco Aurelio para que la repudiase, contestó aquel ponderado filósofo: « No me parece mal; mas si dejamos la mujer, será preciso dejar tambien la dote. » Esta dote era el Imperio. — Si uxorem dimittimus, reddamus et dotem. (*Jul. Capitol.* n. 19.)

<sup>2</sup> *Apol.* c. 40 y 41.